

Segunda parte

América Latina en el siglo XXI

Introducción

Nunca en su historia América Latina estuvo tan poblada por regímenes políticos democráticos conforme los cánones liberales como en la entrada del siglo XXI. Después de la sustitución de los gobiernos del PRI por el de Vicente Fox en México, ligado al hasta entonces opositor PAN, de la reconversión de los movimientos guerrilleros de Guatemala y de El Salvador para la lucha institucional, de la reconquista formal de la institucionalidad en Haití, de la sustitución del régimen de Fujimori por el de Alejandro Toledo en Perú, de la instauración de un proceso formal de alternancia institucional en Paraguay con el fin del gobierno del general Stroessner, con la transición de las dictaduras militares a regímenes electorales en la Argentina, Chile, Uruguay, Brasil y Bolivia, América Latina habría instaurado el reinado de regímenes políticos democráticos prácticamente en el conjunto del continente. Sólo Cuba mantendría un régimen que no corresponde a los criterios liberales de democracia. Incluso el gobierno de Hugo Chávez, en Venezuela, por más que sea acusado por la oposición de dictatorial o autoritario, se instaló conforme las normas liberales, mediante elecciones y un conjunto de plebiscitos, que aprobaron una nueva Constitución para el país.

Es como si, después de haber sido en décadas anteriores un continente de revoluciones, y de haber pasado a ser un continente de contrarrevoluciones, se impusiera una especie de síntesis equilibrada de los dos momentos, bajo la forma de democracias generalizadas, que llegaron para quedarse. Regímenes apoyados y legitimados por el voto popular, que poniendo en práctica políticas con la aprobación de la mayoría de la población, expresarían la modalidad latinoamericana de inserción en el modelo de democracia liberal vigente en Estados Unidos y en Europa. Algunos autores llegaron a formular lo que sería el fin de la utopía latinoamericana - como Jorge Castañeda, en su libro *Utopía unarmed*⁴²- y la rendición del continente al liberalismo anglosajón, preanunciando el baño de liberalismo al que fue sometido en las dos décadas posteriores.

Estas dos décadas presenciaron las mayores transformaciones concentradas de la historia latinoamericana, lo que exige un balance que posibilite no solamente comprender la naturaleza de aquellos regímenes, sino también saber cuánto ellos permitieron el avance en la construcción de sociedades democráticas, lo que facilitaría comprender al mismo tiempo lo que es América Latina, sus problemas y sus potencialidades.

América Latina vive, de forma más clara desde la mitad de los años noventa, su peor crisis económica y social, desde los años treinta. Sus economías revelan enorme fragilidad externa, su inserción internacional tuvo el perfil rebajado tanto económica cuanto políticamente. ¿Qué relación tuvo la democracia con ese cuadro?

Una primera y apurada respuesta sería atribuir a ella la responsabilidad, total o parcial, por la crisis de estos regímenes. Coinciden en el tiempo su instauración o reinstauración y el surgimiento, de forma cada vez más acentuada, de los factores de crisis. De tal manera que el neoliberalismo, como política económica y como ideología, se tornó una expresión aparentemente indisoluble de tales regímenes democrático-liberales. El peso de la crisis reposa, en realidad, en las políticas económicas y en la ideología que pasó a presidir los nuevos gobiernos, con efectos directos en la política.

Otra respuesta posible es considerar que estos regímenes no corresponden a democracias reales. O que tales regímenes -democráticos o no- no son compatibles con las condiciones necesarias para la solución de la crisis del continente -visiones que discutiremos más adelante.

Resulta significativo que durante los años de ascensión y apogeo del neoliberalismo en América Latina los presidentes consiguieron elegirse y reelegirse casi automáticamente, como

aconteció de forma expresiva con Menem, Fujimori y Fernando Henrique Cardoso. Como reflejo de su fase de agotamiento y decadencia, pasó a ocurrir exactamente lo contrario: los presidentes electos que no rompen con el neoliberalismo pierden rápidamente legitimidad, como fueron principalmente los casos de Fernando de la Rúa, Sanches de Losada y Alejandro Toledo, y otros como Vicente Fox, Ricardo Lagos y Jorge Battle.

La elección de Lula, así como la de Lucio Gutiérrez, coloca por primera vez en la presidencia candidatos que en sus campañas electorales, proponían romper con las políticas neoliberales y abrir un nuevo período histórico en América Latina.

América Latina antes del neoliberalismo

América Latina vivió tres períodos claramente diferenciados a lo largo del siglo XX: en el primero, prácticamente una extensión del siglo XIX, predominaron las economías primario-exportadoras, orientadas por las teorías del comercio internacional apoyadas en el concepto de “ventajas comparativas”. A estos modelos de acumulación correspondían regímenes políticos oligárquicos, en los cuales las distintas fracciones de las élites económicas disputaban entre sí la apropiación del Estado y, a partir de allí, de los recursos de exportación y del comercio exterior en general.

Hasta el principio del siglo XX, América Latina no tuvo importancia y peso significativo en el plano mundial, salvo como campo de explotación de las potencias coloniales; ningún gran fenómeno, ningún gran personaje reconocido internacionalmente, ni siquiera las revoluciones de independencia, que permanecieron a la sombra de la revolución norteamericana.

La transformación más importante del siglo XIX, después de la independencia, fue el ingreso de Estados Unidos en el campo de las naciones imperiales, con la incorporación de vastos territorios de México -incluyendo California, Texas y Florida- y la guerra hispanoamericana, con la tutela que pasó a ejercer directamente sobre Cuba y Puerto Rico, además del diseño ya anticipado por José Martí de su proyecto hegemónico sobre el conjunto del continente, explicitado en la Doctrina Monroe.

En compensación, apenas iniciado el siglo XX, el continente reveló qué tipo de siglo le aguardaba, con la masacre de los mineros en Santa María de Iquique, en el norte de Chile, y especialmente con la revolución mexicana, que representó el ingreso definitivo de América Latina en la agenda de los grandes acontecimientos históricos de dimensión mundial. La imagen de ésta se proyectó sobre todo el continente, primeramente en la cultura y el imaginario campesino, pero también sobre la posibilidad de proyectos políticos con fuerte peso de las cuestiones nacional y agraria, que por mucho tiempo darían la pauta política de los movimientos populares en el continente. La revolución mexicana atrajo la atención de los revolucionarios del mundo entero, relativizada solamente por el surgimiento de la revolución soviética, que planteó por primera vez la posibilidad de que un poder obrero y campesino substituyese el capitalismo por el socialismo.

Simultáneamente, el continente pasó a revelar nuevas dimensiones de sus conflictos sociales y de la constitución de nuevos sujetos políticos, como fruto del proceso de urbanización y de los momentos iniciales de procesos de industrialización. Ejemplos de ello fueron la reforma universitaria de Córdoba, en Argentina, la fundación de los partidos comunistas, los movimientos de rebeldía de sectores de la clase media, como el *tenentismo* en Brasil, el Apra en Perú, el radicalismo en la Argentina -que desembocaron en la crisis de 1929 y en las distintas reacciones a ella, al anunciar el primer gran marco de un nuevo período histórico en el continente.

Afectada profundamente por la crisis de 1929, América Latina tuvo prácticamente todos sus gobiernos, conservadores o progresistas, sustituidos como efecto de los estremecimientos de los modelos exportadores, cuestionados por la recesión internacional. Fenómenos como la rebelión campesina en El Salvador dirigida por Farabundo Martí, la lucha antiimperialista de Sandino en Nicaragua, la “república socialista” en Chile, la “revolución de 1930” en Brasil, el movimiento semi-insurreccional que derribó la dictadura de Gerardo Machado en Cuba, entre varios otros movimientos análogos, pertenecen a este tipo de movilizaciones populares, que desembocaron, en varios países, en gobiernos nacionalistas que tuvieron en Getúlio Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México, y Perón en la Argentina, sus más conocidas expresiones.

En las décadas posteriores a la crisis de 1929, varios países del continente desarrollaron políticas que tiempo después la CEPAL teorizaría con el nombre de “industrializaciones sustitutivas de importaciones”, y que posibilitaron, valiéndose del vacío dejado por la recesión en el centro del capitalismo, avanzar en uno de los fenómenos económico-sociales más relevantes e innovadores del siglo XX: la industrialización -aunque atrasada y dependiente- de países de la periferia del capitalismo. Hasta entonces, la división entre centro y periferia del sistema camuflaba en lo inmediato aquella existente entre economías industrializadas y primario-exportadoras, entre sociedades urbanizadas y sociedades agrarias, con mecanismos evidentes de intercambio desigual entre las mismas. Desde aquel momento se forman nuevos bloques en el poder, hegemonizados por fracciones industriales de las burguesías locales, con participación, aunque subordinada, de fracciones de las clases subalternas, en general representadas por sus sectores urbanos sindicalizados.

Este proceso de industrialización permitió el surgimiento y el fortalecimiento de las clases trabajadoras en varios países latinoamericanos, modificando el panorama social y político en el continente. A partir de allí se constituyeron las primeras fuerzas políticas de las clases dominadas, centradas en el movimiento sindical -sea de carácter clasista, sea con liderazgos populistas. Basados en alianzas políticas dirigidas por proyectos nacionales, varios países del continente vivieron significativas experiencias populares, que representaron la primera gran aparición del movimiento de masas. Fue el período de mayor crecimiento económico en países como la Argentina, México, Brasil, Chile y Perú, entre otros, que transformaría su fisonomía en pocas décadas, más rápidamente de que en los siglos anteriores. No por casualidad los países que tenían el mayor desarrollo económico relativo y que se habían valido de forma más directa de la crisis de 1929 para implementar su proceso de industrialización -México, Brasil y Argentina- tendrían como fuerza política predominante partidos o líderes que privilegiaron la cuestión nacional sobre la cuestión de clase, dejando en un segundo plano los partidos clasistas.

Este período comienza a agotarse con el fin de la guerra de Corea y el término de la “tregua” que los países imperialistas fueron obligados a conceder, por la recesión y, posteriormente, por las economías de guerra impuestas con motivo de la deflagración de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Ya se había preanunciado con el cambio del escenario internacional a aquél dominado por la Guerra Fría, que colocó a los partidos comunistas en la ilegalidad, teniendo efectos más directos en los países en que estos partidos tenían un papel político más importante, como en Chile y en Brasil, por ejemplo, pero con efectos en todos ellos, afectando particularmente las alianzas políticas y los espacios para el movimiento sindical.

El período termina finalmente a mediados de los años sesenta, conforme al proceso de internacionalización de las economías, la consolidación de las grandes corporaciones multinacionales y el estrechamiento de los espacios nacionales de acumulación. El gobierno del Frente Popular en Chile, la revolución boliviana de 1952, el movimiento llamado “Bogotazo” en 1948 en Colombia como reacción popular al asesinato del dirigente liberal Jorge Eliezer Gaitán, son algunas de las mayores convulsiones del período, que tendrá en la revolución cubana su momento más importante.

El nuevo período presenciara una disputa política entre tres proyectos diferentes -la alternativa socialista en el continente introducida por la revolución cubana, el proyecto de nacionalismo militar de Velasco Alvarado en Perú, y el de la dictadura militar en Brasil. Los tres disputaban el espacio dejado por el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones en el plano económico y por las crisis de los regímenes democrático-liberales, con golpes militares en varios países, especialmente del Cono Sur latinoamericano.

Este nuevo período fue introducido por los golpes militares en Brasil y en Bolivia, en 1964, seguido por otros similares -Argentina en 1966 y en 1976, Bolivia nuevamente en 1971, Chile y Uruguay en 1973. En poco más de una década, los regímenes políticos democrático-liberales de la subregión fueron todos reducidos a dictaduras militares orientadas por la doctrina de seguridad nacional. En el caso brasileño se mantenía todavía una política de desarrollo industrial, pero con un carácter ya fuertemente antipopular -por la represión a los salarios y a los sindicatos- y con el rol hegemónico de las corporaciones multinacionales -por la internacionalización de la economía. Sin embargo, a partir del pasaje del capitalismo a su largo ciclo recesivo a mediados de los años setenta y de la crisis de la deuda de los países latinoamericanos 1980-1981, las economías del continente entran, en conjunto, en una fase

recesiva, en la cual se generan las condiciones para la adhesión a los modelos neoliberales, encerrando definitivamente el período “desarrollista” e introduciendo consensos en torno al combate a la inflación y a la “estabilidad monetaria”, motores del neoliberalismo en América Latina.

El pasaje de período se da con la “crisis de la deuda”, desatada en 1980, que engendró déficits de balanza de pagos que tornaron inviables los proyectos de desarrollo para la región. La década de 1980 fue denominada “década perdida” básicamente porque los gobiernos se dedicaron sobre todo a buscar saldos comerciales que disminuyesen los datos de aquellos déficits. Las hiperinflaciones englobadas en ese proceso serían referencias fundamentales para que los objetivos de desarrollo fuesen sustituidos por los de estabilidad monetaria -palanca de enraizamiento del neoliberalismo en América Latina.

El nuevo consenso: combate a la inflación

América Latina fue la cuna y el laboratorio de experiencias del neoliberalismo. Fue en el combate a la hiperinflación boliviana que Jeffrey Sachs pudo testear los modelos de estabilidad monetaria que después fueron exportados a países del Este europeo. Fue en el Chile de Pinochet que los economistas de la Escuela de Chicago, bajo la dirección de Milton Friedman, encontraron el primer país con las condiciones políticas creadas para la experimentación de sus propuestas de apertura económica y de desregulación.

El combate a la inflación fue la piedra angular de la construcción del modelo hegemónico neoliberal. Los diagnósticos que llevaron a las políticas de desregulación fueron los que atacaron a la inflación como la fuente de los problemas que condujeron a la estagnación económica, al deterioro de los servicios sociales y de la infraestructura del Estado, al empobrecimiento generalizado de la población. Los argumentos del “impuesto inflacionario” y del ataque al accionar del Estado, cuyo déficit sería la fuente de la inflación, gozaron de gran aceptación y demostraron, en el momento de su aplicación, su eficacia inmediata.

Rápidamente se propagó el efecto de tales laboratorios, multiplicados por la nueva moda liberal, difundida por el dúo Reagan-Thatcher, reproducida también a gran velocidad por los órganos de divulgación internacionales, retomados localmente por los medios de comunicación y por los cuadros económico-tecnocráticos del gran capital. Chile pasaba por un proceso de “modernización” económica, Bolivia conseguía superar la hiperinflación -los resultados se contraponían a los precios que eran pagados por esas amargas medicinas.

Chile volvía a ser un país exportador, con su economía basada en las “ventajas comparativas” del cobre, las frutas, la madera, los peces, abandonando su nivel intermedio de desarrollo industrial apoyado en el Pacto Andino, y volvía a importar macizamente productos industrializados. En el plano social, de ser uno de los países con los mejores índices, junto con Costa Rica y Uruguay, el país se aproximaba peligrosamente a los índices brasileños.

Bolivia pagó con el desmantelamiento de su economía minera el control de la inflación, desarticulando sus minas y dejando en el desempleo a decenas de miles de trabajadores. La exportación de gas para Brasil y Argentina sustituyó esa actividad económica, al mismo tiempo que se expandió la economía cocalera. Una parte de los líderes mineros se trasladó para el campo, llevando consigo la experiencia del movimiento sindical para la lucha de los cocaleros.

Se dio entonces con gran rapidez la proliferación de lo que ya se había convenido en llamar “Consenso de Washington”, una especie de pasaje obligatorio de las economías de todos los países del mundo, para recolocarse en condiciones de retomar el crecimiento económico. La segunda etapa del neoliberalismo -que se articuló con la redemocratización y que contó con la conversión de la socialdemocracia a este modelo, iniciada en Europa occidental con el viraje del gobierno de François Mitterrand en 1983- fue reproducida rápidamente en América Latina y tuvo su expresión emblemática en la conversión neoliberal del peronismo. Después del fracaso del gobierno de Raúl Alfonsín, Carlos Menem realizó una campaña electoral de acuerdo a los moldes clásicos del peronismo, centrada en un “choque productivo”. Sin embargo, inmediatamente después las elecciones llamó a los más férreos adversarios históricos del peronismo para aplicar las políticas liberales de la Escuela de Chicago en Argentina.

Si en Europa occidental el carácter hegemónico del neoliberalismo se daba por la adhesión de la socialdemocracia, en América Latina quienes personificaban el “estatismo”, el “regulacionismo” y el “redistribucionismo” fueron corrientes tales como el peronismo, el PRI mejicano, la Acción Democrática en Venezuela. Uno tras otro, de la misma forma que la sucesión de adhesiones europeas que siguieron a Mitterrand y a Felipe González, esos partidos fueron adoptando los modelos de ajuste fiscal, de estabilidad monetaria, de desregulación, de privatización, de apertura de las economías al mercado internacional, con políticas que reproducían mecánicamente los “consensos” recomendados por el FMI y por el Banco Mundial. En América Latina, los gobiernos de Menem, en Argentina, de Salinas de Gortari y de Ernesto Zedillo en México de Carlos Andrés Peres en Venezuela, y de Fernando Henrique Cardoso en Brasil, reproducían la conversión de fuerzas de centro-izquierda a los modelos neoliberales.

La etapa siguiente fue abierta por la crisis mexicana de 1994, y definitivamente instaurada con la crisis asiática de 1997, seguida por la de Rusia en 1998 y por la brasileña en enero de 1999. El pasaje del capitalismo norteamericano a un nuevo ciclo recesivo desde 2001 da a esta etapa un acentuado tono de límite, de extenuación del potencial hegemónico, con efectos previsiblemente duros sobre la economía mexicana -caso testigo de la segunda mitad de los años noventa- y sobre el resto del continente. La crisis argentina, poniendo en cuestión la política de paridad cambiaria, así como la dolarización en Ecuador y en El Salvador, evidencia como un nuevo horizonte pasó a ser necesario para proveer nuevo oxígeno al neoliberalismo, cuando inclusive la propia “tercera vía” -de Ricardo Lagos en Chile, de Fernando de la Rúa en la Argentina, de Vicente Fox en México- se volvió impotente para ello, como los gobiernos de Clinton y de Blair funcionaron en Estados Unidos y en Inglaterra.

El fracaso de Fernando de la Rúa, de Sánchez de Losada y de Alejandro Toledo confirmó cómo los tiempos habían cambiado en América Latina. El mantenimiento de la política económica de ajuste fiscal -con las promesas de reconquista del desarrollo económico, de creación de empleos, de privilegiar las políticas sociales- fracasó en ambos casos. Si anteriormente los candidatos al colocar en práctica estas políticas se elegían y se reelegían, como fueron los casos de Menem, de Fujimori y de Fernando Henrique Cardoso, ahora, por el contrario, el mantenimiento de tales políticas condena al fracaso, ya que ellas agotaron su efecto estabilizador, no permitieron retomar el desarrollo y se volvieron fuente de desequilibrio económico y financiero. De aparentes soluciones para la crisis, las políticas de ajuste fiscal se volvieron en sí mismas fuentes de crisis, por los desequilibrios de balanzas de pagos y por la multiplicación del endeudamiento público, en condiciones internacionales que ya no favorecían más la atracción de capitales. El continente entraba de lleno en la crisis; en su peor, más extensa y profunda crisis desde los años treinta.

La crisis latinoamericana

En este marco, ¿en qué consiste la crisis latinoamericana actual? Básicamente en que aproximadamente dos décadas de programas de estabilización monetaria, de hegemonía neoliberal, de predominio de la acumulación financiera, no llevaron al continente -ni siquiera a algunos países- a retomar el desarrollo, a recuperar su atraso en la carrera tecnológica, a estabilizar y a extender los regímenes democráticos, a disminuir los problemas sociales, a proyectar sociedades pujantes y creativas tecnológica y culturalmente.

Al contrario, el continente vive la profunda y extensa resaca de los remedios neoliberales, con efectos colaterales generalizados. El cuadro actual nos remite al peor de los escenarios posibles: estados debilitados en el plano externo y con capacidad de acción cada vez menor en el plano interno; sociedades cada vez más fragmentadas y desiguales, con amplios sectores excluidos de sus derechos básicos, comenzando por el derecho al empleo formal; economías que perdieron dinamismo y que vuelven a depender macizamente de la exportación de materias primas, mientras ingresaron en un cuadro de creciente financiarización del cual no logran salir; culturalmente, el continente, bajo la fuerte presión de la prensa internacional, revela una incapacidad de retomar los ciclos de creatividad y originalidad que lo caracterizaron en las décadas anteriores.

Dos décadas de aplicación de políticas neoliberales corroyeron las bases de las relaciones sociales sobre las cuales se había edificado el Estado latinoamericano, los conceptos de

nación y de soberanía. Éstos se articulaban en torno al objetivo del desarrollo económico -con la industrialización como motor de la integración social- en torno a un mercado interno nacionalmente estructurado, con relaciones formales de trabajo en expansión, y de la independencia externa identificada con la expansión del comercio exterior. Estos tres objetivos -desarrollo económico, mercado interno y externo- fueron las ideas fuerza que impulsaron la remodelación del Estado latinoamericano, especialmente en la segunda mitad del siglo XX.

La actual crisis latinoamericana consiste en la resaca de la aplicación de las políticas de desregulación a lo largo de más de una década. Los efectos negativos mencionados son expresiones de una crisis de acumulación fuertemente perjudicada por la financierización de la economía, resultado de la aplicación de políticas de estabilización esencialmente recesivas. El agotamiento de los modelos de industrialización se dio de forma brusca entre los años 1960 y 1970. Brasil fue la excepción, postergando este agotamiento para el final de la década de 1970, porque la dictadura militar supo aprovechar el período expansivo del capitalismo internacional para dar un nuevo empuje a ese ciclo. Sin embargo, la crisis de la deuda, en el pasaje de la década de 1970 a la de 1980, fue general en el continente, provocando el viraje de América Latina hacia un largo ciclo recesivo del que todavía no logró salir.

La explosión del endeudamiento, sumada al pasaje del modelo hegemónico del capitalismo al neoliberalismo, favoreció la hegemonía del capital financiero sobre las economías del continente. La apertura para el mercado internacional, la privatización de empresas estatales, la desregulación económica, la "flexibilización laboral", fueron instrumentos que llevaron a esta hegemonía, que permeó el conjunto de sus economías, en detrimento del capital productivo. Las tasas de lucro obtenidas por las inversiones financieras, sumadas a su liquidez, se convirtieron en el gran polo de atracción que transfirió recursos para la esfera especulativa. Este mecanismo fue particularmente fuerte en América Latina, presionada por el endeudamiento y por los déficits públicos, reflejados en el descontrol inflacionario.

Frente a una América Latina debilitada, los diferentes horizontes de solución pueden ser resumidos en las dos propuestas de reinserción internacional planteadas: el Área de Libre Comercio de América (ALCA) o el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) renovado, fortalecido y ampliado conforme la propuesta del gobierno Lula.

La crisis y la izquierda latinoamericana

Es imposible comprender los rumbos actuales de América Latina, tanto sus virajes históricos recientes cuanto su crisis actual y sus posibles alternativas, sin considerar la trayectoria de la izquierda latinoamericana. Si en su nacimiento la izquierda del continente fue tributaria directa del movimiento obrero europeo, generando movimientos con un fuerte componente ideológico y poco enraizamiento en cada país, en el transcurso del siglo XX la izquierda latinoamericana fue ganando en músculos y en raíces, pasando a protagonizar de forma central los grandes acontecimientos vividos por el continente, especialmente después de las tres primeras décadas del siglo pasado.

La izquierda latinoamericana fue, durante el primer período de su historia, marcada por el surgimiento del movimiento obrero en Europa, con formas de organización sindical elementales y primeras expresiones partidarias - socialistas y comunistas- paralelamente al fuerte fenómeno inmigratorio, que trajo al continente las experiencias europeas, especialmente de España, de Italia y de Portugal. Países como la Argentina, por su mayor desarrollo económico relativo, y Chile, por el carácter de su economía minera, fueron protagonistas de las primeras grandes experiencias de masa del movimiento sindical, base social original de la izquierda en el continente.

El impacto de la victoria bolchevique tuvo en la fundación de los partidos y en la casi desaparición del anarquismo sus efectos políticos inmediatos. El impacto también se tradujo en el surgimiento de dirigentes políticos que simultáneamente al estilo de los dirigentes bolcheviques, poseían capacidad de elaboración teórica. Pueden ser incluidos en este caso el chileno Luis Emilio Recabarren, fundador de los partidos comunistas chileno y argentino, fenómeno que se repetiría más tarde con el peruano José Carlos Mariátegui y con el cubano Julio Antonio Mella -los tres dirigentes comunistas latinoamericanos que correspondieron al perfil teórico y político.

Aunque gran parte de las economías del continente fuese agrícola, las dificultades de organización de los trabajadores del campo, dada la brutalidad de la dominación, que mantenía extensamente formas de explotación pre-capitalistas, motivaron que la izquierda latinoamericana surgiese ligada a los primeros momentos del proceso de industrialización y de la clase obrera urbana o vinculada a la producción minera. Argentina y Chile son ejemplos claros de tales procesos.

Argentina tuvo una clase obrera que se desarrolló incluso durante el siglo XIX, así como formaciones -como un partido socialista- directamente vinculadas a la industrialización, a la urbanización y a la inmigración de trabajadores europeos. El caso chileno es diferente: caracterizado por la economía minera, produjo enclaves concentrados de trabajadores donde se desarrollaban las exploraciones mineras de salitre y más tarde de cobre, produciendo polos obreros con organización e ideología clasistas, que detentaban al mismo tiempo la llave de la economía exportadora del país, propiedad de capitales extranjeros -ingleses en el salitre hasta los años veinte, norteamericanos en el cobre desde los años treinta. Esa fuerte tensión explica en parte el carácter violento de las luchas obreras en Chile, con sucesión de grandes movimientos de movilización obrera, que constantemente desembocaban en masacres.

Las políticas implementadas a partir de los años treinta, privilegiando la industrialización y dejando en segundo plano la reforma agraria, a excepción de México, por las conquistas de la revolución, fueron separando el destino de los trabajadores urbanos del de los trabajadores rurales. Esto aconteció paradigmáticamente con la introducción de los derechos sindicales por parte de Getúlio Vargas en Brasil, restringidos a los trabajadores urbanos, cuando la gran masa de trabajadores brasileños se situaba en el campo, definiendo así un destino diferenciado para ambos y añadiendo una razón más -además de la ausencia de reforma agraria- para el éxodo de la masa trabajadora del campo a la ciudad. En Chile, un fenómeno análogo se dio con la anuencia explícita de los partidos socialista y comunista y de la central de trabajadores dirigida por ellos, que, en el gobierno de Frente Popular, se comprometieron a no llevar a cabo la sindicalización rural en favor de un frente antifascista que congregaría los propietarios rurales.

Los dos acontecimientos mencionados como introductorios de América Latina en el siglo XX -la masacre de Santa María de Iquique y la revolución mexicana- apuntan a las dos trayectorias más significativas en la constitución de la izquierda latinoamericana como fuerza política. La primera, protagonizada por la naciente izquierda chilena para partidos políticos clasistas, mientras la mejicana apunta para experiencias centradas en las cuestiones nacionales y populares. Chile y Uruguay fueron los ejemplos más claros de izquierdas que tuvieron en los partidos socialista y comunista sus principales protagonistas, mientras México y la Argentina, con el PRI y el peronismo, son ejemplos de predominancia de experiencias nacionales y populares. En una la fuerza del movimiento sindical se expresó políticamente en los partidos socialista y comunista, con su ideología clasista y su programa anticapitalista. En la otra, esa fuerza desembocó en movimientos nacionales populares. Como fue mencionado anteriormente, este fenómeno tiene que ver directamente con la fuerza de las burguesías nativas, por el mayor desarrollo del proceso de industrialización, que, en estos dos países, junto con Brasil, engendró liderazgos populares centrados en la cuestión nacional, predominantemente sobre la cuestión social, privilegiada por los partidos comunista y socialista.

Entre estos casos, el de Argentina y el de Brasil se diferencian, originando en las décadas siguientes distintos destinos para sus izquierdas, lo que en parte explica las situaciones tan diferentes de las mismas en la actualidad. Getúlio Vargas asume el gobierno provisorio de Brasil en 1930, como reacción a las políticas primario-exportadoras del bloque en el poder profundamente afectado por la crisis de 1929. A lo largo de sus años en el poder, impuso una política de industrialización en cuyo marco reconoció el derecho a la sindicalización de los obreros urbanos, aunque subordinados al Ministerio del Trabajo. Su gobierno se relacionaba con una clase obrera incipiente, producto del bajo nivel de desarrollo industrial del país, acentuado por la crisis económica de 1929, que elevó aún más los índices de desempleo en Brasil. No fue difícil así para Getúlio imponer su hegemonía al movimiento obrero, sobre todo porque el Partido Comunista había criticado y también se había distanciado de la "revolución de 1930", un movimiento antioligárquico dirigido por bajas y medias patentes militares, en nombre aún de la línea del "tercer período" de la Internacional Comunista, que predicaba la lucha por el poder basada en alianzas obrero-campesinas. Esta orientación aisló todavía más

los comunistas, facilitando la hegemonía getulista sobre el aún incipiente movimiento de los trabajadores urbanos.

La reacción diferenciada de los países latinoamericanos a la crisis de 1929 fue determinante para que estas fuerzas se constituyesen y se enraizasen en sus respectivos países. De la misma forma que la crisis fue un desafío para cada país, lo fue también para las respectivas izquierdas. La fisonomía de cada país y de sus izquierdas salió transformada de la crisis y, de alguna manera, condicionó la trayectoria política de los países en las décadas siguientes. La crisis de 1929, y décadas más tarde el advenimiento de las políticas neoliberales, fueron las pruebas más significativas y determinantes para las fuerzas de izquierda en el continente; funcionaron como filtros, que seleccionaron aquellas fuerzas en condiciones de captar los mecanismos históricos que enfrentaban, y de presentarse como alternativas.

La segunda etapa histórica transcurre desde 1930 hasta los años ochenta. Es hasta aquí el período más importante de la historia de la izquierda y, al mismo tiempo, de la historia de la propia América Latina. En esta etapa se constituyen los partidos socialista y comunista como fuerzas de masa (lo consiguieron notoriamente Chile y Uruguay, y, secundariamente, Brasil y Colombia, entre otros), se desarrollan como fuerzas igualmente de masa el PRI mexicano, con destaque para el gobierno de Lázaro Cárdenas en la segunda mitad de los años 1930, el getulismo en Brasil, el peronismo en Argentina, el Apra en Perú, así como sindicatos y centrales sindicales por casi todo el continente.

Este período es introducido por las reacciones a la crisis de 1929, especialmente por la “revolución de 1930” en Brasil, la “república socialista” en Chile, el movimiento que derribó la dictadura de Gerardo Machado en Cuba, entre otros. Fue continuado en la década de 1930 por movimientos insurreccionales en El Salvador, dirigidos por Farabundo Martí, y en Nicaragua, por Augusto Cesar Sandino, por el gobierno del Frente Popular en 1938 en Chile, por el gobierno de Lázaro Cárdenas en México.

Estos fenómenos se insertaban en el inestable marco internacional de entreguerras, con regímenes políticos desestabilizados por los temblores provocados por la crisis de 1929, que permitieron a varios países valerse de ella para impulsar procesos de industrialización, y así fortalecer sus clases trabajadoras, y de expansión de los frentes democráticos de lucha contra el fascismo que, a pesar de traducirse en una fórmula gubernamental apenas con el Frente Popular en Chile, tuvieron influencia en el cuadro político de varios países, introduciendo, junto a la temática clasista de los partidos socialista y comunista, la cuestión democrática y, al mismo tiempo, la compleja cuestión sobre la naturaleza de los regímenes y de los movimientos nacionalistas latinoamericanos como el getulismo y el peronismo, permitiendo así falsas asimilaciones a los fascismos europeos.

En su segundo ciclo en la posguerra confluyen movimientos como el peronismo y el getulismo, revoluciones como la boliviana de 1952 y la cubana de 1959, constituyendo el momento de mayor fuerza de la izquierda latinoamericana, por lo que desencadenaría. El triunfo de la revolución cubana, como dijimos, tuvo más influencias en América Latina que la victoria de la revolución rusa en Europa. Se generalizó el modelo de guerra de guerrillas en un gran número de países: México, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Venezuela, Colombia, Bolivia, Perú, Argentina, Brasil y Uruguay. Si la extensión del “campo socialista” fortalecía los partidos comunistas en el continente, su hegemonía en el campo de la izquierda sufrió dos duros reveses: el primero, la escisión entre China y la Unión Soviética, tanto por las denuncias del camino adoptado por ésta como por la pérdida del país más populoso del mundo y por el surgimiento de divisiones maoístas dentro de los PCs, que, aunque en general poco expresivas, debilitaban ese campo. El otro, la victoria de la revolución cubana, revelando que el primer triunfo estratégico en el continente se daba fuera del Partido Comunista y como alternativa a él. El socialismo y la vía insurreccional parecían tornarse el objetivo y la forma de lucha dominantes desde aquel momento.

La victoria de la revolución cubana se transformó rápidamente, del derrocamiento de una dictadura, en un régimen que asumía, por primera vez en el continente y en el hemisferio occidental, el socialismo. Esto representó una novedad radical para América Latina. De realidad distante soviética o china, el socialismo pasó a ser una realidad histórica palpable, pasó a representar una actualidad posible en el momento mismo en que el capitalismo daba muestras de agotamiento de su ciclo expansivo de industrialización sustitutiva de importaciones en el continente y que dictaduras militares sustituían las democracias liberales.

Aunque la tentativa de transición pacífica al socialismo de Chile ocurriese más tarde, el triunfo cubano selló la suerte de los PCs en el continente, y el desenlace chileno vino a confirmar tal situación. La izquierda latinoamericana cerraba así su primera gran etapa histórica, en el marco del pasaje del capitalismo latinoamericano de expansión a síntomas de agotamiento de su capacidad de seguir creciendo en los moldes del proyecto industrializador original, que permitía también la alianza entre la burguesía industrial, las camadas medias y el movimiento sindical, el inicio del ciclo de dictaduras militares en el Cono Sur del continente y la victoria de la revolución cubana, como también las influencias que el modelo insurreccional cubano produjo en el conjunto del continente.

Este fue el tercer período de la historia de la izquierda latinoamericana, marcada fuertemente por la influencia del triunfo de la revolución en Cuba. En el marco internacional, tal influencia era fortalecida por una equilibrada relación de fuerzas entre el campo capitalista, liderado por Estados Unidos, y el campo socialista, liderado por la Unión Soviética, en un marco de aparente fortalecimiento de éste -por lo menos de su expansión- y de debilitación de aquél. La guerra de Vietnam, con el desgaste norteamericano y la extensa solidaridad mundial con los vietnamitas; la “revolución cultural” china o por lo menos la versión difundida a gran parte del mundo de lo que sería ese fenómeno; el triunfo argelino en la lucha anticolonial contra Francia; las movilizaciones de la segunda mitad de los años sesenta, particularmente en Francia, Alemania, Italia, y México, pero con otras tantas en Japón y en Brasil; la propia muerte del Che Guevara, un duro golpe en los movimientos revolucionarios de América Latina y del mundo. Todo esto sirvió de inmediato como elemento fortalecedor del ánimo revolucionario. Al mismo tiempo, los preanuncios de agotamiento del mayor ciclo de crecimiento del capitalismo apuntaban para un horizonte de crisis de acumulación.

Fue en este marco que se dieron los varios ciclos cortos de lucha armada en el continente, siempre teniendo como referencia la revolución cubana, como modelo vencedor. El primero incluía a Cuba, Nicaragua, Venezuela, Perú y Guatemala, básicamente, con un modelo de guerrilla rural bastante similar al cubano, por lo menos en su codificación por los textos del Che y de Régis Debray. Fue derrotado, pero retomado enseguida, según moldes similares, en Guatemala, Perú y Venezuela, sumándose nuevamente modalidades de guerrilla urbana en Uruguay, Argentina y Brasil, además de Colombia, con formas urbana y rural y de México, en el campo.

Los dos ciclos fueron duramente derrotados, en plazos relativamente cortos, a lo largo de las décadas de 1960 y 1970, en gran medida porque perdieron el factor sorpresa, que había sido importante en el caso cubano, como también por la reiteración mecánica de la experiencia de Cuba en los casos de guerrilla rural. En la otra modalidad, la derrota se produjo por la incapacidad de resolver los *impasses* de la guerrilla urbana, al trasladar a los centros de dominación político-militar formas de acumulación de fuerza típicas de la guerrilla rural, acelerando así enfrentamientos en condiciones desfavorables, aún cuando se lograron niveles importantes de acumulación de fuerzas en Uruguay y en la Argentina.

Aún así, en los países cuya estructura económico-social e incluso las formas de dominación política más se parecían a Cuba -los de América Central- se dio un tercer ciclo de lucha armada a lo largo de los años setenta, en particular en la segunda mitad, en Nicaragua, cuya victoria en 1979 alentó la extensión de procesos similares en Guatemala y en El Salvador. La victoria sandinista estuvo estrechamente articulada a la derrota norteamericana en Vietnam y a la crisis interna del gobierno Nixon, que acabaron generando una incapacidad de nueva intervención externa de los Estados Unidos, factor que sustituyó la sorpresa del caso cubano. La derrota de Jimmy Carter, que representaba la asimilación de los golpes sufridos por Estados Unidos, y la reconquista de la ofensiva político-militar norteamericana con la victoria de Ronald Reagan en 1980, alteró ese cuadro, lo que acabaría siendo decisivo en el fracaso sandinista y en la inviabilidad de nuevas victorias de la guerrilla en Guatemala y en El Salvador, determinando el reciclaje de los movimientos guerrilleros de los dos países en la lucha institucional (sobre todo después de la desaparición de la Unión Soviética), encerrando así los ciclos de lucha insurreccional en América Latina. Colombia tiene una trayectoria propia, anterior a los ciclos mencionados, desde la guerra civil desatada por el “Bogotazo” de 1948, transcurriendo a lo largo de los años 1950, como continuación por la izquierda -las FARC- del acuerdo de unión nacional de los dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador, protagonistas de la guerra civil, que desde entonces pasaron a gobernar juntos el país.

La experiencia chilena de tentativa de transición institucional al socialismo es un caso particular, que se da a contramano de las tendencias y de la correlación de fuerzas en el continente y en especial en la región del Cono Sur, lo que acabaría constituyéndose en uno de los factores de su fracaso -su aislamiento y cerco regional. Chile fue una especie de laboratorio de experiencias políticas en América Latina -adaptando al continente la expresión de Friedrich Engels para Francia. Su movimiento obrero comenzó relativamente temprano porque, siendo una economía primario-exportadora, al producir y exportar minerales, engendró al mismo tiempo una clase obrera, ya en el final del siglo XIX, que protagonizó grandes luchas obreras a lo largo de todo el siglo XX.

Fue así que Chile tuvo clase obrera antes que burguesía industrial; tuvo centrales sindicales y partidos socialista y comunista participando directamente en el gobierno de Frente Popular aún en los años 1930. Fue el país que protagonizó la tentativa de experiencia alternativa a la revolución cubana promovida por Estados Unidos por medio de la "Alianza para el progreso" -el gobierno demócrata cristiano de Eduardo Frei, en los años sesenta. Y finalmente -por lo tanto, no por casualidad- fue escenario de la única experiencia política de transición institucional al socialismo en el mundo, con el gobierno de la Unidad Popular, entre 1970 y 1973.

Fue un desarrollo único en el continente, quizá solamente comparable al Uruguay, con quien compartió una larga tradición democrática. Uruguay adoptó la jornada de ocho horas de trabajo un año antes que Estados Unidos, tuvo la ley del divorcio setenta años antes de España y el voto femenino catorce años antes que Francia, abolió los castigos corporales ciento veinte años antes que Gran Bretaña⁴³.

Chile eligió a través de elecciones todos sus presidentes entre 1830 y 1970, con excepción de 1891 y del período 1924-1931. Se desarrolló en ese país un Congreso antes que en los países europeos, salvo Inglaterra y Noruega. La participación electoral en Chile, hacia mediados del siglo XIX, era equivalente a la existente en la misma época en Holanda, lo que Inglaterra había conseguido apenas veinte años antes y que Italia sólo tendría veinte años después. Chile implantó el voto secreto en 1874, antes de que eso ocurriese en Bélgica, Dinamarca, Noruega y Francia. Chile tuvo partidos participantes de las tres Internacionales Obreras. Fue el único país, además de Francia y de España, en tener gobierno de Frente Popular.

Chile vivió esa tradición democrática, de alternancia. Tuvo gobiernos de frente popular, con los partidos radical, socialista y comunista, al final de los años treinta; un gobierno de populismo militar del general Carlos Ibáñez, apoyado por Perón, en los años cincuenta; seguido por un gobierno conservador, otro demócrata cristiano y finalmente un gobierno socialista-comunista.

No fue por azar, por tanto, que Chile se transformó en el escenario de una tentativa de transición del capitalismo al socialismo por la vía institucional. Existía tal confianza en la democracia del país, en el derecho de alternancia en el gobierno -en las décadas anteriores, cuatro gobiernos con identidades políticas ideológicas diferenciadas se habían sucedido en el gobierno, sin rupturas institucionales. La izquierda chilena fue tributaria de esa visión y apostó profundamente a una transición institucional, mismo con una victoria electoral en que recibió poco más de un tercio de los votos, faltando medir el carácter profundo de la transición propuesta, que suponía, simplemente, la estatificación de los ciento cincuenta mayores monopolios del país, además de la nacionalización de las minas de cobre -la fuente fundamental de divisas para el país, en manos de capitales norteamericanos.

Su derrota cerró una trayectoria de los partidos comunistas en el continente, que desde décadas predicaban, en grados variados, el camino que la izquierda chilena intentó poner en práctica. En los años setenta, la izquierda latinoamericana vio trasladarse sus principales escenarios del Cono Sur a América Central, avanzando sin balances que permitiesen incorporar experiencias, readaptar caminos y formas de lucha.

La imagen de la izquierda en el continente, en 1990, era la de mayor fragilidad desde que ella surgió en el escenario político latinoamericano, en las primeras décadas del siglo XX. Los movimientos armados habían sido duramente derrotados en prácticamente todos los países donde se habían desarrollado, vencidos por duras ofensivas represivas y regímenes dictatoriales, desapareciendo de la escena política. El régimen sandinista se había agotado y había sido derrotado en las urnas en 1990. Los partidos comunistas -incluso aquellos que habían sido tradicionalmente los más fuertes, salvo el cubano, los PCs de Chile y de Uruguay-

fueron reducidos a la impotencia, debilitándose igualmente las centrales sindicales dirigidas o hegemónicas por ellos. Algunos llegaron a la mudanza de nombre y a su descaracterización, como el caso del PC brasileño. Todo sucedió de forma bastante paralela a lo ocurrido con los PCs de Europa occidental, demostrando cómo el fin de la Unión Soviética había sido un factor decisivo para su decadencia. Las organizaciones sindicales como un todo se debilitaron bajo el impacto de las políticas recesivas de ajuste fiscal, así como las de “flexibilización laboral”, que en su conjunto promovieron la precariedad de las relaciones de trabajo para la mayoría de los trabajadores del continente.

Los partidos socialistas, socialdemócratas, y los movimientos y partidos conocidos como “populistas” y nacionalistas, se reciclaron, de forma igualmente paralela al fenómeno europeo, hacia políticas neoliberales. El peronismo, el PRI mexicano, el Partido Socialista Chileno, el PSDB en Brasil, la Acción Democrática en Venezuela, el Mir de Bolivia, son claros ejemplos de tal proceso. Con esto ayudaron a aislar todavía más a los PCs y otras fuerzas de izquierda más radicales, abandonaron sus tradicionales políticas de regulación estatal de distribución de renta, y se tornaron responsables por la extensión del neoliberalismo en el conjunto del continente, abandonando el ya debilitado campo de la izquierda.

Un movimiento específico, típico del período de derrota de la izquierda, fue la tentativa de creación de un eje para una “tercera vía” latinoamericana, a través del llamado Consenso de Buenos Aires. Mediante un documento redactado por el científico político brasileño radicado en Estados Unidos Roberto Mangabeira Unger, y por quien fue ministro de Relaciones Exteriores de México, Jorge Castañeda, el documento pretendía constituirse en la alternativa entre la izquierda tradicional considerada “estatista” y las fuerzas neoliberales. El movimiento correspondía al segundo flujo del neoliberalismo, liderado por los gobiernos de Tony Blair y de Bill Clinton, desde el centro del capitalismo. El documento final fue firmado por dirigentes que luego asumieron los gobiernos de sus países, como el chileno Ricardo Lagos, el mexicano Vicente Fox y el argentino Fernando de la Rúa, y por el candidato a la presidencia de Brasil que no se eligió, Ciro Gomes. El movimiento parecía así lanzando al éxito, delante de la crisis de la izquierda y de las señales de agotamiento del primer ciclo neoliberal, además del protagonismo de Clinton y de Blair a escala mundial.

Cuba, a su vez, una referencia central para la izquierda del continente, fue particularmente afectada por la desaparición del “campo socialista”. El régimen cubano logró sobrevivir, al contrario de los regímenes del Este europeo y de la propia Unión Soviética, demostrando cómo la legitimidad conseguida por las conquistas de la revolución cubana eran de calidad diferente de aquellas de los regímenes del Este europeo, resultado de la llegada de las tropas soviéticas, que derrotaron la ocupación nazi. Sin embargo, el precio pagado por el régimen cubano fue alto, al quedarse sin la integración internacional a la planificación del “campo socialista”, que le permitía obtener petróleo, entre otros bienes estratégicos, a cambio de azúcar, cítricos, níquel. Los golpes fueron muy duros e hicieron que el régimen cubano pasara por sus peores momentos entre los años 1989 y 1994. Para superar relativamente la crisis el gobierno cubano produjo un drástico viraje en su política económica, permitiendo actividades privadas antes reservadas apenas para el sector estatal, a excepción de la educación y de la salud, además de tolerar un área de circulación del dólar y de expandir los contratos con empresas extranjeras en el país.

Como resultado de la nueva política, en la cual Cuba se propone no retroceder, y también no avanzar en la construcción del socialismo, debido a la mudanza negativa de la correlación de fuerzas internacional, con sus efectos directos sobre la economía del país, la isla dejó de ser una referente alternativo para la izquierda del continente. Se mantiene la solidaridad con Cuba frente al bloqueo norteamericano, pero sin embargo deja de ser un horizonte para el movimiento popular latinoamericano, ya sea como sistema político o como modelo socioeconómico.

El campo de la izquierda quedó compuesto por remanentes de las fuerzas que sobrevivieron del período anterior -particularmente partidos comunistas, debilitados-, por movimientos sociales, incluso centrales sindicales resistentes al neoliberalismo, y por algunas fuerzas *sui generis*, que protagonizaron las principales luchas políticas en el plano institucional -PRD en México, Farabundo Martí en El Salvador, Frente Amplio en Uruguay y Partido de los Trabajadores en Brasil-, además del caso particular del Partido Comunista de Cuba. Todas ellas son fuerzas de diversas procedencias: el PRD, fruto de la fusión entre una escisión del PRI con otras fuerzas de izquierda, incluido el Partido Comunista; el Farabundo Martí es el

frente reconvertido de la lucha armada a la lucha institucional; el Frente Amplio, la continuación del frente de los grupos de izquierda uruguayo que desde los años sesenta protagoniza la lucha institucional en el país; y el Partido de los Trabajadores, originario de movimientos sociales que se organizaron como partido político en 1980 en el Brasil. Aunque con orígenes distintos, estas cuatro fuerzas tienen varios elementos en común, herederas como son de las luchas de la izquierda institucional en el continente, ora en su programa de luchas democráticas de reforma o en las formas organizativas. Todas forman parte, junto a las otras fuerzas de la izquierda en el continente, del Foro de São Paulo, espacio de reunión, intercambio de experiencias y debates que se reúne periódicamente, desde mediados de los años ochenta, en varios países del continente. Lleva ese nombre porque su primera reunión fue en São Paulo.

América Latina en la hora de Lula

Brasil se había transformado en el eslabón más frágil de América Latina, por combinar factores económico-sociales explosivos, con una acumulación de fuerzas del movimiento popular en los planos social y político superior a la de los otros países del continente desde los años ochenta. Era el país comparativamente más atrasado de la región en el desarrollo socioeconómico y en la construcción de fuerzas políticas.

Brasil fue favorecido por el “privilegio del atraso” -categoría utilizada por Trotski-, al revertir las condiciones que lo desfavorecían. Del golpe militar de 1964 al final de la dictadura se estructuró una nueva izquierda y un nuevo movimiento social, mientras otros países con izquierdas y movimientos populares más fuertes -como Chile, Argentina y Uruguay- tuvieron golpes relativamente más tarde, dada esa mayor fuerza, pero por eso mismo también fueron víctimas de represiones más duras.

El resultado es que Brasil se desarrolló más en términos industriales durante la dictadura militar, sin resolver la cuestión agraria y sin superar su significativa peor distribución de renta. La izquierda se fortaleció, en un marco social que mantenía sus fragilidades. El Partido de los Trabajadores, la CUT y el MST son productos directos de esa combinación, que terminó haciendo que las contradicciones se agudizaran más en Brasil que en los otros países de la región.

La elección de Lula -como él mismo constató en su discurso de toma de posesión- es el resultado de un largo proceso histórico, que desemboca en el primer presidente de izquierda elegido en el país. Su victoria abre un nuevo período en América Latina, cualquiera que sea el destino de su gobierno, porque representa la elección de un candidato y de un partido que proponen, por primera vez en el continente, la ruptura con el modelo neoliberal puesto en práctica en Brasil en la década anterior.

América Latina entró en el siglo XXI viviendo su peor crisis en setenta años como resultado de las políticas neoliberales, que fragilizaron sus economías, debilitaron sus Estados, disminuyeron su peso económico y político en el mundo. El proyecto norteamericano del ALCA y los acuerdos bilaterales de libre comercio entre Estados Unidos y varios países del continente -Chile, Guatemala, El Salvador- significaron todavía una mayor expansión de la capacidad hegemónica norteamericana sobre el continente, debilitando sus márgenes de soberanía.

La crisis del continente, el pasaje de la economía norteamericana a la recesión y el cambio de discurso de Estados Unidos, privilegiando la militarización de los conflictos mundiales, produjeron un espacio de liderazgo regional, que se había estrechado considerablemente en el período anterior, por la adhesión de prácticamente todos los gobiernos del continente a las políticas de “libre comercio” y de desregulación económica. La crisis de Argentina fue el caso límite en términos de retroceso económico y social y, al mismo tiempo, de ausencia del discurso de Estados Unidos. Fue la primera aplicación de la nueva política que el gobierno Bush adoptó y logró que el FMI hiciese suya, de que los países deberían quebrar, así como las empresas, sin que aquel organismo internacional se hiciera cargo de la crisis. Tal actitud dejó que Argentina, después de haber aplicado de la forma más rigurosa las políticas del FMI, entrase en la peor crisis económica y social que un país haya vivido en el período histórico reciente del capitalismo, sin cualquier socorro de los organismos internacionales.

La combinación entre estas condiciones internacionales y el agotamiento del modelo neoliberal, más clara en América Latina, por la aplicación más profunda y generalizada de tales políticas en el continente, engendró una crisis hegemónica, de la cual las victorias electorales de Hugo Chávez en Venezuela, de Lula en Brasil y de Lucio Gutiérrez -además del favoritismo del Frente Amplio en las elecciones generales de Uruguay en 2004- son expresión.

Los datos son claros: el aumento en nueve puntos porcentuales en la tasa de pobreza de la región, del 35% en 1982 a 44% en 2002, y en cinco puntos en la tasa de indigencia, del 15% a 20%, en ese mismo período, justamente aquel marcado por la generalización en la aplicación de las políticas de ajuste fiscal y de desregulación económica. El continente pasó a vivir la peor crisis de desempleo, iniciada en 1995, año de la crisis mexicana, llegando a cerca del 10%, para un total de 18 millones de personas. En Argentina el desempleo pasó del 7,5% en 1990 a 21,5% en el comienzo de 2002. Cuarenta y cinco por ciento de la población -45 millones de personas - no tenían empleo decente en 1990, porcentaje que subió a 50,5%, esto es, 53 millones de habitantes. De cada diez empleos creados en ese período, siete están en el sector informal, en el cual apenas dos de cada diez empleados tienen acceso a beneficios sociales.

En su primer gobierno, el ex presidente norteamericano Bill Clinton ni siquiera cruzó el río Grande para conferir cómo andaba el NAFTA en México. El continente parecía adecuarse placidamente a las propuestas neoliberales, mientras el gobierno Clinton gozaba de la luna de miel de la combinación entre la desaparición de la Unión Soviética, la victoria liberal en los países del Este europeo y la reconquista del crecimiento en la economía norteamericana.

En su segundo mandato, en la segunda mitad de los años noventa, Clinton tuvo que convivir con una transición a crisis generales en el continente, aún manifestadas a nivel nacional -la crisis brasileña de 1999, la degradación general de la Argentina, las crisis institucionales en Ecuador, Bolivia y Paraguay, la elección de Hugo Chávez en Venezuela. La herencia que él deja para su sucesor es un mapa del continente como un mar de crisis, por donde sea que se lo mire: de Haití a Uruguay, de Guatemala a Perú.

La crisis latinoamericana, con sus especificidades nacionales, sólo puede ser entendida en el marco de la aplicación generalizada de las políticas neoliberales en las dos décadas anteriores. Sino, nada explicaría la concomitancia de las crisis. La explosividad social de los distintos países y la propia debilidad de las formaciones políticas para enfrentar la crisis son productos típicos de la aplicación de aquellas políticas. Sus modalidades particulares de aplicación permiten entender sus formas y temporalidad particulares.

Los principales epicentros actuales de la crisis son Colombia, Venezuela, Argentina y los países andinos: Ecuador, Bolivia, Perú. Colombia arrastra una crisis profunda desde hace varias décadas. La conclusión de la guerra civil desatada al final de los años cincuenta por un acuerdo político entre los dos principales partidos -el liberal y el conservador- significó la pacificación entre los mismos, pero nunca llegó a incorporar al conjunto del país, especialmente el campo, escenario privilegiado de los conflictos armados. El país pasó a vivir esquizofrénicamente entre un sistema político institucionalizado que convivía con índices del 70% de abstención y con guerrillas rurales originarias de aquella guerra, como las FARC, u otras surgidas posteriormente, como el ELN. Más adelante se introdujo otro elemento, el narcotráfico, que desde el comienzo organizó fuerzas paramilitares para combatir los grupos guerrilleros, con la connivencia de las fuerzas armadas.

Cuando el narcotráfico ganó proyección nacional mostrando cómo había penetrado profundamente en el aparato de Estado, y debido la presión de los sucesivos gobiernos de Estados Unidos, los presidentes colombianos pasaron a actuar en contra de él y la guerrilla al mismo tiempo. La política norteamericana de exportar sus problemas busca en la erradicación de las plantaciones de hojas de coca y en el combate a los narcotraficantes la solución para una dificultad interna -el consumo de drogas por parte del mercado más rico del mundo. Al hacer eso, los Estados Unidos desvían la atención de su escenario interno y, al mismo tiempo, encuentran pretextos para situar fuerzas militares en una zona estratégica para sus planos expansionistas -la zona andino-amazónica.

La nueva doctrina de Estados Unidos privilegia a Colombia como uno de los epicentros de la "guerra contra el terrorismo", junto con Palestina. Son países en los que el gobierno Bush cree encontrar "en estado puro" el "terrorismo", al cual no debería ceder para aceptar negociaciones, pues ello representaría un triunfo y un incentivo al "terrorismo". De esta forma, la modalidad de guerra que Estados Unidos, junto al gobierno colombiano, pone en práctica, es

la “guerra de exterminio”, de destrucción de las fuerzas insurgentes, de la misma forma que se hace con los palestinos. Se trata, por tanto, de un foco de guerra deflagrado, abierto, cuyo desenvolvimiento depende del triunfo de la estrategia norteamericana a escala internacional, del suceso de políticas alternativas de integración continental, y de la capacidad local de las fuerzas opositoras de ganar amplios sectores populares que se opongan a la solución violenta de la crisis.

La crisis venezolana tiene otro origen y otro carácter. Venezuela, por varias razones, nunca tuvo un programa neoliberal efectivamente puesto en práctica. Cuando fue electo por segunda vez, en 1989, Carlos Andrés Pérez, del entonces partido socialdemócrata Acción Democrática, hizo algo análogo a Carlos Menem en la Argentina, anunciando al día siguiente a su toma de posesión un programa neoliberal, en oposición a la tradición de su partido y a su propia campaña electoral. El resultado fue una enorme manifestación popular conocida como “Caracazo”, que fue reprimida violentamente, con el balance oficial de cuatrocientos muertos. El gobierno estaba condenado al fracaso desde su inicio, hecho que fue capitalizado por el levantamiento militar liderado por Hugo Chávez. Condenado poco después por corrupción, Carlos Andrés vio interrumpido su programa, de forma similar a Fernando Collor en Brasil.

Fue sucedido por otro ex presidente, del otro partido tradicional, el Coppei, de origen demócrata-cristiano, Rafael Caldera, que intentó fórmulas heterodoxas de ajuste fiscal, apoyado en un ex guerrillero, Teodoro Petkoff, que pretendía, de alguna forma, ser el Fernando Henrique Cardoso de un gobierno que podría ser comparado con el de Itamar Franco en Brasil. La nueva tentativa también fracasó, y Hugo Chávez capitalizó el descontento con el desempeño de las élites venezolanas en las décadas anteriores, que protagonizaron la “farra del petróleo”, desperdiciando los altos precios del combustible en detrimento de lo que habría permitido dar un empuje industrializador y de bienestar al país. Al contrario, en gran parte, la corrupción explica el hecho de que Venezuela haya continuado siendo un país petrolero, con las oscilaciones que tal circunstancia produce para la economía del país.

Hugo Chávez triunfó con el voto de los marginados sociales y de los críticos a los partidos tradicionales, logró aprobar por plebiscito una nueva Constitución, reformó los órganos de Justicia y obtuvo mayoría parlamentaria. Su política se basó en la reorganización de la OPEP, favorecida por el aumento de los precios del petróleo, con lo que promovió políticas sociales dirigidas a las clases populares, sin alterar, no obstante, la estructura de poder interna del país -tanto el poder autonomizado de la empresa estatal de petróleo cuanto los grandes monopolios privados, comenzando por el de los medios de comunicación. Su política económica se basó en el ajuste fiscal, pero, mientras los precios del petróleo lo favorecieron, sus políticas sociales tuvieron un papel redistributivo relativamente eficaz.

No tardó para que las políticas de sabotaje externo e interno surtiesen efecto, entre ellas la tentativa de golpe de abril de 2002, la fuga sistemática de capitales, el desabastecimiento, el *lock-out* de diciembre de 2002 hasta febrero de 2003, incluyendo la interrupción de la producción de petróleo. El golpe fue evitado no por el apoyo de la alta oficialidad que había acompañado a Chávez en su llegada al gobierno, sino por la baja oficialidad y sobre todo por la movilización de un emergente movimiento popular que se daba cuenta de que sería la principal víctima del golpe.

La corrida pasó a ser contra el tiempo. La oposición buscando derribar a Chávez antes de que la situación latinoamericana se alterase favorablemente a éste, antes de que la nueva ley del petróleo recuperase para el gobierno buena parte de los 80% de los *royalties* que se quedaban con la tecnocracia de la empresa, y antes de que la nueva ley de tierras contra la especulación urbana y el latifundio rural entrase en vigor. Y, además, ahora, antes de que el nuevo movimiento de masas pueda constituirse en una fuerza orgánica suficiente para contrabalancear el poder de los medios de comunicación y de la opinión pública formada por ella. Esta corrida es la que deja abierto el proceso venezolano, en la dependencia de la evolución política del proceso de integración sudamericana del MERCOSUR, liderado por Brasil y por la Argentina, del destino de la política guerrera del gobierno Bush y de la situación de disputa política y social interna.

La Argentina fue un país que vivió situaciones extremas -de alguna forma sucedió a Chile como laboratorio de experiencias políticas latinoamericanas- desde el fracaso de la dictadura militar surgida con el golpe de 1966 y la transición de retorno a la democracia liberal, con la esperada victoria electoral del peronismo. Ésta, sin embargo, se mezcló con otro fenómeno en

ascensión en aquel momento en el continente y, en particular, en el Cono Sur: las guerrillas urbanas, también presentes en Uruguay y en Brasil.

El peronismo triunfó, agregando desde sectores de extrema derecha, que siempre habían estado presentes en el seno del peronismo, esta vez articulados con sectores de las fuerzas armadas, representados por Lopez Rega y por la Triple A, hasta grupos guerrilleros, de los cuales Montoneros fue la expresión más fuerte, pasando por gran parte del empresariado nacional y, principalmente, por el entonces fuerte movimiento sindical organizado.

El golpe militar que terminó con el fracasado retorno del peronismo en 1976 fue el modelo más acabado de régimen de terror contra el movimiento popular y contra cualquier resquicio democrático sobreviviente, golpeando profundamente la capacidad de organización y de expresión social y política. La también frustrada transición democrática, dirigida por los radicales, incluyendo dos crisis de hiperinflación, desembocó en el retorno de los peronistas, esta vez como agentes de políticas neoliberales, con Carlos Menem. Después de prometer un "choque productivo", entregó, apenas asumido el poder, las carteras económicas a los economistas liberales más tradicionales, adversarios históricos del peronismo, hasta llegar al esquema de la "paridad" puesto en práctica por Domingo Cavallo -la forma extrema que la prioridad de la estabilidad monetaria ganó en un país traumatizado por el régimen de terror político y por las hiperinflaciones. Fue entonces, en las manos de la fuerza partidaria tradicional representativa del movimiento obrero, que se implantó el neoliberalismo en la Argentina, en una modalidad también pionera.

La crisis actual que enfrenta el país es la resaca correspondiente al tamaño de la crisis que fue gestada por la artificialidad de la solución que la paridad cambiaria representó para Argentina. Nunca un país retrocedió tanto fuera de tiempos de guerra. Lo que era un paradigma para el FMI y el Banco Mundial se transformó en su opuesto, como una consecuencia inevitable de haber asumido de forma tan ortodoxa las políticas de los organismos internacionales.

Los países andinos, en particular Ecuador, Bolivia y Perú, representaron, a lo largo de los últimos años, los mejores ejemplos de la crisis estructural de países para quienes el mercado internacional, reorganizado en los moldes de las políticas neoliberales, no deja lugar, relegándolos a la situación de sus pares centroamericanos, con economías primario-exportadoras totalmente dependientes del mercado de Estados Unidos. La particularidad de estos países es la presencia de un movimiento de masas de origen rural, cuyo eje es el movimiento indígena.

La incapacidad de las políticas neoliberales puestas en práctica a lo largo de las dos últimas décadas profundizó la crisis social existente, sin haber conseguido retomar el desarrollo ni conquistar estabilidad política, generando una serie de crisis institucionales, que marcan la historia política reciente de estos países, como reflejo de una profunda crisis hegemónica. Ecuador, que no pudo contar con una experiencia relativamente prolongada como la de Fujimori -consolidado en el poder por la estabilidad monetaria, pero también por el éxito en el combate a las guerrillas- ni con una cierta estructura partidaria sobreviviente en Bolivia -MNR, MIR- y la dirección política de Hugo Banzer, reflejó de forma más directa esta inestabilidad económica, social y política, con la sucesión de presidentes electos y depuestos, la dolarización, y la elección de Lucio Gutiérrez como presidente con el apoyo del movimiento indígena, que por primera vez en la historia del país tuvo participación directa en el gobierno.

El siglo XXI encuentra a América Latina frente a alternativas contradictorias, en un cuadro internacional complejo. Por un lado, un marco mundial de fuerte hegemonía norteamericana, sin que eso se funde en capacidad de expansión económica. Por el contrario, con el agotamiento del ciclo expansivo de la economía de Estados Unidos, éste fue sustituido por un ciclo recesivo, con la consecuente restricción del comercio internacional y de las demandas provenientes de los mercados centrales del capitalismo. Estados Unidos busca protegerse, extendiendo su hegemonía en el continente a través de la propuesta del ALCA, lo que le posibilitaría expandir el poderío económico de sus corporaciones sin contrapesos como ya acontece en América del Norte, con el NAFTA.

Los dilemas internos de cada país de América Latina, prolongar el modelo de ajuste fiscal o romper con el neoliberalismo y buscar un modelo alternativo, se expresan en el plano regional por el dilema entre el ALCA y el MERCOSUR. La primera es la secuencia lógica de la aplicación de las políticas de apertura de las economías nacionales en esta región del mundo,

en un momento en el que se articulan grandes zonas de integración de las mayores economías del planeta y en el que pocas monedas podrán resistir a escala internacional. La propuesta de integración continental bajo la égida de la mayor economía del mundo, en el marco de su propia moneda, parece la complementación natural de las políticas practicadas en las dos últimas décadas en el continente, de la cual el NAFTA es una expresión regional. América Latina en la hora de Lula significa el arreglo de cuentas de la izquierda latinoamericana con su propia trayectoria a lo largo de los últimos años. Por eso el año 2003 es tan importante para la izquierda y para el continente como fue el año 1973, hace tres décadas. En aquella época se terminó un ciclo histórico de avances y tentativas políticas de construir alternativas al capitalismo dependiente en crisis, concluido con los golpes militares en Chile y en Uruguay, cerrando el cerco sobre lo que sería el nuevo gobierno peronista en la Argentina, hasta que el golpe de 1976 dejó definitivamente consolidado el nuevo período contrarrevolucionario en la región.

Esta vez el año puede constituir el inicio de un nuevo período histórico para el continente o de agotamiento de un modelo y, con él, de las fuerzas que, en oposición al mismo, no supieron y/o no fueron capaces de superarlo. Los primeros indicios no son auspiciosos: la fase inicial de los gobiernos de Lula y de Lucio Gutiérrez da más la impresión de continuidad que de ruptura. Los violentos acontecimientos que marcan el inicio del gobierno de Sánchez de Losada en Bolivia revelan cómo sociedades extremadamente agotadas por la elevación brutal de los niveles de explotación y de expropiación de derechos no soportan más un nuevo ciclo de ajustes recesivos.

Y, sin embargo, parece que justamente es esto lo que los nuevos gobiernos, ahora con apoyo de los movimientos sociales y en nombre de la izquierda, apuntan como transición para la salida del modelo o para su renovación. Cuando Lula fue electo, el semanario británico *The Economist* tituló su editorial “¿Él terminará el trabajo?” (*Will he finish the job?*), refiriéndose a la complementación de las “reformas” llevadas a cabo por Fernando Henrique Cardoso, de la misma manera que Tony Blair, también electo contra el modelo neoliberal, hizo con Margaret Thatcher. En poco tiempo, esta esperanza de la derecha y los temores de la izquierda parecen encontrar respaldo, cuando miembros del nuevo gobierno brasileño presentan reformas del régimen jubilatorio y tributario como sus primeros pasos, como formas de conquistar índices de mercado favorables y así, al disminuir el denominado “riego Brasil”, conseguir bajar las tasas de interés y pasar del actual círculo vicioso heredado del neoliberalismo un círculo virtuoso. Y miembros de ese gobierno reivindican para sí el “coraje” de realizar las “reformas” que Fernando Henrique Cardoso no habría conseguido realizar, como confirmando que el paquete de reformas se constituye en realidad en la denominada “segunda generación” de “reformas” propuestas por el Banco Mundial.

Todo confirma que 2003 se tornó un año decisivo para América Latina y su izquierda. La dirección que asumirá la historia latinoamericana en el nuevo siglo empieza a ser decidida desde este momento.

Notas

42 Utopia desarmada. Traducción de Eric Nepomuceno. São Paulo, Companhia das Letras, 1994.

43 Eduardo Galeano, O teatro do bem e do mal, Porto Alegre, L&PM, 2002.